

## RECENSIÓN

ANA ISABEL NAVARRO CARRASCO  
(Universidad de Alicante)

**F.MORENO FERNÁNDEZ (recop.), *Estudios sobre variación lingüística*, Servicio de Publicaciones de la Universidad, Alcalá de Henares, 1990.**

El libro que presentamos consta de dos partes: dialectología y sociolingüística. La primera —dialectología— está llevada a cabo por Manuel Alvar y Pilar García Mouton. La segunda —sociolingüística— está formada por los trabajos de H. López Morales, F. Gimeno y F. Moreno. El prólogo, breve pero enjundioso, corre a cargo de Francisco Moreno y en él explica que los estudios de esta obra fueron presentados en las “III Jornadas de Lingüística de la Universidad de Alcalá de Henares” del año 1987, y que dichas “Jornadas” aparecieron bajo el título de “Dialectología y Sociolingüística hispánicas”. F. Moreno con estas líneas de presentación señala que tanto una disciplina como la otra ponen de relieve las variaciones de la lengua. Una teniendo en cuenta la geografía, otra el contexto social. A parte de tener el mismo objeto —con distintos puntos de vista—, ambas se complementan. ¿No fue Manuel Alvar quien introdujo en los atlas, cuando la ocasión lo requería, criterios sociolingüísticos?

M. Alvar (“La lengua, los dialectos y la cuestión del prestigio”, pp. 13-26) con prosa sonora e inmensa facilidad de palabra nos hace ver que la noción de prestigio (“aceptación de un tipo de conducta considerado mejor que otro”, pág. 15) es la responsable de que un dialecto se convierta en lengua, y de que otro quede relegado al ámbito familiar hasta desaparecer. El prestigio viene determinado por motivos sociales. M. Alvar ha vuelto otra vez sobre el tema porque era necesario volver. Hay personas que no quieren ver las cosas como son, o quizás no les interese. Alvar posee una mente clarividente y tiene la virtud de poner las cosas en el sitio que le corresponden, sin molestar ni ofender a nadie, y dando, además, lecciones de verdad. Y si no de verdad porque los hombres no conozcamos la auténtica Verdad, sí al

menos de un gran sentido común, y nos dice que “pertenecer a una de las grandes lenguas de cultura no es lo mismo que hablar otra de escasa difusión” (pág. 14). Alvar, que ha definido la lengua teniendo en cuenta el concepto de prestigio, pone de manifiesto que ese prestigio puede ser en algunos casos de tipo negativo: la anticultura. Y los medios de comunicación nos bombardean cada día con miles de palabras, construcciones y giros representantes de la ignorancia. La lengua estándar es la lengua de la literatura, la que acuñan los escritores, y es también la *langue* de Saussure, el suprasistema que engloba todas las hablas específicas. El castellano se impuso como español por mil motivos históricos, sociales, políticos y, también, por el uso, de la misma manera que el franciano fue el francés y el toscano el italiano, pero además el castellano absorbió todos los matices dialectales que en lugar de afearlo lo enriquecieron (cfr. pág. 21).

El estudio de Manuel Alvar no tiene desperdicios. Encontramos en él abundante bibliografía como es, por otra parte, usual en el gran maestro. Fondo y forma constituyen un entramado compacto para ofrecernos unas líneas valiosísimas.

A continuación, Pilar García Mouton (“El estudio del léxico en los mapas lingüísticos”, pp. 27-75) hace una breve y detallada historia del proceso que ha seguido la geografía lingüística. Si esta disciplina surgió para demostrar los límites de un dialecto y con ello la regularidad de las leyes fonéticas, vino a probar todo lo contrario y desde hace tiempo se muestra como una aliada perfecta de la dialectología. Hace un repaso de los atlas europeos; después de los españoles, desde el *Atlas Lingüístico de Cataluña*, pasando por el *ALEA*, *ALEANR*, *ALEICan*, hasta llegar al *Atlas lingüístico y etnográfico de Santander* y otros que se están realizando como el *Atlas lingüístico y etnográfico de España y Portugal* y el *Atlas lingüístico y etnográfico de Hispanoamérica*. Una vez más se pone de relieve la importancia del estudio de los atlas para la lingüística y el poco caso que se les hace. A partir de un pequeño corpus y comparando los atlas españoles, Pilar García Mouton nos muestra los resultados que ofrece este cotejo para la etimología de las voces, la vida de las palabras, la cultura, la lexicografía, la lexicología y las relaciones interdialectales. Los atlas tienen una enorme importancia a la hora de conocer el léxico español porque “una lexicografía dialectal científica debe (...) tener en cuenta lo hecho desde la geografía lingüística” (pág. 70).

En la parte dedicada a la sociolingüística, Humberto López Morales (“La sociolingüística actual”, pp. 79-89) expone, en un primer momento, qué se entiende por sociolingüística: “el estudio de la lengua (...) en *su contexto social*” (pág. 80). La sociolingüística atiende a la variación de la lengua, pero esta variación no es libre como se había supuesto sino motivada por factores sociales. Nos hace un recuento de los trabajos realizados y habla de los problemas que surgen en los estudios de esta disciplina lingüística, todo ello con abundante documentación bibliográfica. En realidad, lo que hace es una breve historia de la sociolingüística. Nos habla de que la regla variable es la encargada de dar al modelo sociolingüístico su razón de ser; de cómo la sociolingüística obligó a modificar el concepto de competencia de Chomsky, y de que la variación es la base de todo cambio lingüístico. Humberto López Morales nos da a conocer de manera clara y con ejemplos específicos cuáles son los métodos que utiliza la sociolingüística, y concluye haciendo alusión a las

críticas recibidas por este modelo variacionista que en realidad no son otra cosa que “puntualizaciones poco medulares” (pág. 87).

Francisco Gimeno (“De Sociolingüística histórica: en torno a los orígenes del español”, pp. 89-102) señala cómo la sociolingüística histórica ha dado nueva luz a los estudios de lingüística diacrónica. Nos explica la situación del latín medieval, la diglosia que existía en Castilla durante la Alta Edad Media, donde el latín era la lengua de la cultura y los romances lenguas informales, y, finalmente, hace un estudio mediante análisis estadístico e informático del empleo de *ad* + objeto directo de persona, utilizando textos forales latinos.

Finalmente, Francisco Moreno (“Las reglas del método sociolingüístico”, pp. 103-114) presenta un esbozo de las reglas más elementales con las que hay que trabajar en sociolingüística utilizando la metodología de Emile Durkheim.

Para concluir con nuestra breve recensión lo mejor será volver al principio, a ese excelente prólogo del recopilador y que sus palabras sirvan de colofón a nuestras líneas: “Tal vez el futuro nos lleve a la integración epistemológica de dialectología y sociolingüística. Tal vez sea ése uno de los rumbos más atractivos de la lingüística actual” (pág. 9).

## RECENSIÓN

ANA ISABEL NAVARRO CARRASCO  
(Universidad de Alicante)

**M. ALVAR, *El envés de la hoja*, Diputación Provincial, Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza, 1982.**

Hace algunos años que apareció el libro que ahora tenemos entre manos. La primera vez que lo leí pensé en hacerle un pequeño homenaje con una modesta reseña. No sé por qué razones no lo hice. Pero como nunca es tarde si la dicha es buena, quiero hoy poner de relieve cuál es el contenido de *El envés de la hoja*, porque la historia que en él se cuenta llega a lo más hondo del corazón del ser humano.

Este libro nos presenta a Manuel Alvar como hombre, como ser humano. La obra consta de veinte relatos que son episodios de una vida, de una vida que aún no ha acabado y de la que quizá su autor vuelva a contarnos muchas cosas más.

El protagonista del libro es el dialectólogo, así se define quien ha recorrido tantos caminos y ha ido a tantos lugares en busca de palabras. El dialectólogo es el autor de estas líneas, el que hace su pequeña autobiografía, el que representa el papel principal a diferencia de otros libros donde las palabras son las protagonistas. ¿O acaso el papel principal está representado por los hombres que le dieron las palabras que necesitaba? Porque la obra es un homenaje a esos hombres que a lo largo y ancho de la geografía hispánica le ofrecieron las voces que para ellos eran usuales. Digámoslo con sus propias palabras: “El dialectólogo tiene un humilde y denostado oficio: quiere ser escribano de quienes nunca escribieron. Y quisiera identificarse con gentes (...) que lo hicieron feliz y le enseñaron esa bella y agrídulce condición de ser hombre” (p. 7). Y es que el dialectólogo es un hombre y como hombre quiere que le veamos cuando abrimos este libro. Desnuda su alma y se nos presenta como él se ve y dice que es “un hombre vulgar que no ha descubierto nada que merezca la pena” (p. 72) y que es “insignificante” (*ibídem*) y que “no es nada ni nadie” (p. 87) y que es “un pedante” (p. 114). Sin pretenderlo Manuel Alvar nos está dando una

lección de humildad que más de uno de nosotros debería aprender.

La dialectología le ha hecho ver “muchas tierras” y hablar con “muchos hombres” y le ha enseñado “muchas cosas que él ignoraba” (p. 79), y después de haber transcrito millones de palabras dice lo siguiente: “si algo queda de él no serán libros gordos y aburridos, ni atlas y congresos (...), quedarán unas mujeres y unos hombres (...) que (...), acaso, se acordarán de la pasión con que les hablaban de su lengua” (p. 96), si es que Dios le quiere hacer este regalo (cfr. *ibídem*).

Manuel Alvar, antes que dialectólogo, es sobre todo un ser humano y se pregunta de qué sirve ir en busca de palabras “si no se ha sufrido la alta condición de ser hombre” (*ibídem*).

Aquel chiquillo que se había criado en un barrio proletario y al que la señora Rafaela le regalaba un tebeo atrasado porque él —como tantos otros— nunca tuvo dinero para comprarse uno, aprendió sus primeras lecciones en una escuela del ayuntamiento y después fue al Instituto Goya a hacer el bachiller. La guerra vista por un niño que está en el Instituto fue “un vivir en zozobra y una angustia de familias escindidas” (p. 10) en unos “años piadosos y crueles” (p. 11). Allí, en el Instituto, un profesor, José Manuel Blecua —o don José Manuel, como él lo llamaba— le recomendaba el libro que tenía que comprar y él iba a casa de un librero que se fue haciendo amigo de aquel chiquillo al que le faltaba siempre alguna perra para “redondear la cuenta” (p. 13). Terminada la guerra, algunos de sus profesores ya no volvieron.

Después fue a la Universidad, a la de Salamanca, y desde el primer momento, quizás por venir de una escuela del ayuntamiento, “sabía ya la lección aquella de amar y respetar a los que te enseñan tanto como al propio padre” (p. 17).

Terminó sus estudios universitarios y empezó a buscar palabras para hacer su tesis doctoral. Y no sabía cómo, no sabía si era capaz de hacer un trabajo así, porque sí, él quería pero, como le decía a un cartero: “empiezo ahora, y no me han dicho cómo” (p. 22). Y tenía que hacer sus encuestas en un sitio y en otro sin bicicleta porque aún no ganaba dinero. Él quería hacer una tesis doctoral porque en aquellos años, terminada la carrera, no había oposiciones a cátedras de Instituto, y tenía que hacer algo, y sus maestros de Salamanca le alentaban y él quería quedarse como ayudante. Aquel mozo que iba acumulando palabras “soñaba con una tesis y con un libro y con ser dialectólogo” (p. 25). Mosén Feliciano le ayudó mucho en su primera tarea. Después el mozo se hizo hombre: sacó la cátedra, se casó, tuvo un hijo. Mosén Feliciano acabó sus días y ante su tumba el dialectólogo rezó un Padre nuestro a aquel hombre “que había modelado los pasos de un mozo” (p. 29). Esto lo cuenta el hombre que poco a poco se ha hecho su destino, que se ha abierto su propio camino en la vida y que ahora mira atrás y con una humildad infinita piensa que “sólo puede aspirar a que lo mire con buenos ojos —y ya es pedir— la mujer propia” (p. 31). Por Dios, don Manuel, que ha hecho usted mucho por la filología española y que nos ha dejado un legado de infinito valor y que es usted muy buena persona para que los demás no le miren con los ojos que usted se merece. Usted, que “hablando con la gente a la que nadie hizo caso nunca iba aprendiendo la más honda lección de humanidad y patriotismo” (pp. 31-32), también sufrió muchos percances y peripecias para poder ofrecernos sus valiosas obras. ¿Es que los informantes eran tan fáciles de encontrar?

¿Es que no llovía, hacía frío y había temerales? ¿Es que no gastaba sus vacaciones haciendo encuestas? (Por cierto, don Manuel, ¿ha tenido alguna vez vacaciones?). Y su mujer lo esperaba “siempre sonrisa abierta” (p. 63). Porque su mujer —la ha sabido escoger bien— siempre ha estado a su lado, aun cuando usted en sus viajes, recogiendo palabras, pensaba que ella “andaba bregando con los zagales allá lejos” (p. 80). Y entre los percances sufrió “un cólico en Visiedo” (p. 7), “se rompió los huesos en Motril” (*ibídem*), “le picaron las hormigas en el Amazonas” (*ibídem*), y estuvo a punto de morir en Colombia.

Recorrió el Amazonas y vio muchas calamidades y sobre todo la miseria de la selva, donde lo que más sentía era ser hombre. Porque él que “buscaba los pasos de una lengua hermosa y sonora —español— (...) había encontrado la miseria del hombre en la más viciosa y lujuriente naturaleza, al hombre en su total invalidez” (p. 128).

Manuel Alvar ha trabajado, sufrido y padecido mucho para podernos dar unos materiales de primer orden, y quizá algún estudioso ignorante, de esos que hay en la vida que no tienen ni idea de cómo se hacen las cosas, ponga en duda la validez de unos datos ofrecidos en un punto del mapa, y lo ponga en duda porque ni estuvo allí, ni trabajó allí, ni sufrió allí, ni padeció allí, ni aprendió allí lo que es una encuesta dialectal.

Si nos emocionamos y se nos atraganta la saliva al leer estas páginas es porque se escribieron bajo el recuerdo de la emoción. Manuel Alvar dice muchas cosas de gran nivel filosófico y moral, como que el hombre es “yo en mi circunstancia” (p. 7) o como que el decoro de ser hombre es “ni protesta ni sumisión” (p. 85). Y Manuel Alvar se acuerda de aquel compañero del Instituto —Félix Monge— que tras ponerle —junto a otros chicos— una zancadilla les dio a él y a los demás una lección de bondad, y se acuerda de su amigo Jean Séguy que era escalador y que murió bajando la escalera de su casa.

Podríamos seguir contando cosas y cosas de las que aparecen en el libro pero siempre nos han recomendado que las reseñas no deben ser muy largas. Quizás, para terminar, tendría que destacar la forma en que está escrita la obra. Es una prosa poética hecha con emoción; es la poesía de un hombre que cuenta su historia: ser hombre. Pero, al mismo tiempo que en el libro se da una prosa llena de poeticidad, se nos ofrece un estilo ameno, tan ameno que nos obliga a no abandonar su lectura hasta llegar al final. Por lo demás, la obra está llena de expresiones coloquiales. Manuel Alvar compara sus transcripciones con “curianillas chicas” (p. 79), “se le va el santo al cielo” (p. 96) y “se desmanda más que un utrero en libertad” (p. 66). Son tantas y tan bellas las cosas que se dicen en estas páginas que le instamos, don Manuel, a que, por favor, nos escriba muchos libros como éstos. Porque ¡es tan hermoso!

## RECENSIÓN

MARIA LUISA MASIÁ CANUTO  
(Universidad de Alicante)

**A. VERA LUJÁN, *Las construcciones pronominales pasivas e impersonales en español*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990.**

Lo primero que sorprende tras la lectura del presente libro es el hecho de que haya resultado absolutamente infructuosa nuestra búsqueda de cualquier afirmación del autor que pudiera ser calificada de arrogante con respecto a la superioridad de este modelo sobre otros. Esta clase de declaraciones suele ser, por regla general, habitual en numerosas formulaciones teóricas. Con frecuencia, un exhaustivo análisis de las mismas nos suele conducir a afirmar lo inadecuado e injustificado de esta postura. No es el caso del libro que vamos a reseñar en esta ocasión. El autor se limita a presentarlo como un estudio de las construcciones pronominales pasivas e impersonales. Sin embargo, creemos que una presentación de los contenidos del mismo podrá revelar con total diafanía que nos encontramos ante una formulación de una enorme coherencia y cuya envergadura teórica podría disculpar cualquier declaración petulante.

A. Vera en la presentación de su libro nos dice que en el primer capítulo vamos a hallar los «principios teórico-metodológicos generales» necesarios para la explicación de las construcciones pronominales que nos presenta en el capítulo final. No tenemos más remedio que disentir de esta afirmación, al menos de manera parcial. Es verdad que cualquier lector descubrirá en este texto todo aquello que el autor ha expuesto en el inicio del mismo. Pero —y no nos encontramos solos en esta apreciación—, cuando el lector finalice la obra, y ante el cúmulo de soluciones explicativas presentes en la misma, advertirá, sin duda, que está en realidad ante un libro que supone toda una introducción a la sintaxis.

Creemos que una simple enumeración de los contenidos que constituyen el capítulo I, puede representar ya una primera prueba de la afirmación que acabamos de realizar:

1. La investigación lingüística.
2. Niveles, unidades y procedimientos.
3. Monemas, palabras y oraciones.
4. Sobre la condición no-discreta de las unidades lingüísticas.

En el primer punto, A. Vera nos cuenta en qué grado de adecuación hegeriana se encuentran a su juicio los estudios en los que ha basado su investigación. En gran cantidad de ellos no ha percibido inadecuación en el nivel metalingüístico. El mayor grado de inadecuación reside en el nivel meta-metalingüístico, ante la no presencia en estas formulaciones de una consideración «de las categorías lingüísticas como categorías no discretas», hecho que permitiría una mayor rigurosidad y simplicidad en la explicación de las construcciones pronominales.

En el punto segundo nos argumenta, con sumo rigor y claridad, la elección para esta investigación de la concepción estructuralista frente a las gramáticas generativas-transformatorias. Para ello se basa en ocasiones en algunos de sus no menos valiosos estudios anteriores<sup>1</sup>. Según A. Vera, es un modelo teórico estructural el que mejor puede asumir el principio de no discreción al que hacíamos referencia anteriormente, y sobre el que nos detendremos con posterioridad por unos instantes. En los planteamientos estructuralistas, la separación en diferentes **niveles** de análisis es «neta», y, en sus **unidades**, no vamos a encontrar multiplicidad en los elementos de algunas categorías, tal y como sucede en los modelos generativos-transformatorios. Coherente con sus trabajos anteriores, no olvida el nivel textual, pero reconoce su intención de estudiar sólo los «mecanismos gramaticales». Por tanto, la investigación de estos elementos en su nivel textual, queda pospuesta para futuros trabajos. Finalmente, este apartado se cierra con una necesaria distinción entre **unidades** y **procedimientos**: las primeras son categorías metalingüísticas primarias y están orientadas hacia la realidad-objeto; los procedimientos son categorías meta-metalingüísticas o secundarias y se orientan «hacia los presupuestos teóricos desde los que se categoriza el objeto».

Considera A. Vera que una metalengua que pretenda poder ser calificada de adecuada descriptivamente, no debe olvidar tener en consideración las siguientes unidades: **monemas**, **palabras** y **oraciones**. El autor juzga inadecuada metalingüísticamente y meta-metalingüísticamente la distinción del **monema** en **lexemas** y **morfemas**, y muy problemática por su ambigüedad, la subdivisión que realizan algunos planteamientos funcionalistas en **pleremas** y **morfemas**. En cuanto a la unidad gramatical **palabra**, tras revisar algunos intentos de caracterización como el de unidad acentual, el de juntura, etc., propone la siguiente definición:

Una definición adecuada, tanto descriptiva como metodológicamente, de la unidad palabra debe desentenderse de la dimensión gráfica de tal unidad —estructuralmente no relevante—, y atender a su funcionalidad lingüística immanente. Desde

---

<sup>1</sup> Cfr. A. Vera Luján, «La estructura del campo deíctico personal en español: el pronombre», en *Analecta Malacitana*, II,1, 1979, pp. 3-25. A. García Berrio-A. Vera Luján, *Fundamentos de teoría lingüística*, Madrid, Comunicación, 1977.

este punto de vista, es posible (y necesario) operar con una unidad específica, distinta de las de los niveles inmediatos: monema y sintagma. Esta unidad, a la que podemos seguir denominando **palabra**, será la menor unidad de actualización; la unidad característica de aquel estadio o nivel de análisis al que es preciso recurrir para hallar actualizadas otras unidades.» (pág. 30)

En último lugar, A. Vera trata la unidad gramatical **oración**. La oración es concebida como una articulación de sintagmas, de la misma manera que la palabra es una articulación de monemas. Pero A. Vera no se detiene en esta afirmación sino que aporta una matización importante:

La oración existe gramaticalmente porque las relaciones que la definen pueden ser incardinadas en sintagmas, pero tales relaciones son independientes de ellos y sólo gracias a ellas éstos pueden desempeñar determinadas funciones en la oración. Esta es, pues, una **gestalt** y, como tal, en ella las partes son diferentes del todo (pág. 34).

Como creemos haber ido demostrando ya, este libro, sin ningún exceso retórico, nos está aportando explicaciones que en ningún caso podrían ser tildadas de estipulaciones «ad hoc». Como el mismo A. Vera reconoce, la tarea central de la sintaxis es el estudio de las funciones sintácticas. En diversos estudios (E. Alarcos, 1977; G. Rojo, 1979; S. Gutiérrez, 1983) las funciones sintácticas han sido concebidas como esquemas sígnicos. Estas valiosas investigaciones han intentado adscribir los posibles elementos de la función **sujeto** a alguno de los planos de los signos. A. Vera analiza con enorme precisión cada una de estas propuestas. Los principales criterios que le permiten matizar estos planteamientos, y le conducen a aportar una solución alternativa son los siguientes:

A) En las tres propuestas se ha valorado como poco clarificador el hecho de considerar la categoría o concepto **sujeto** como un componente más del signo, sea tanto en el plano de la forma de expresión como en el del contenido. Para A. Vera son etiquetas, son «significantes de **signos metalingüísticos** cuya estructura de significado es preciso especificar.»

B) Es necesario diferenciar entre **categorías de función** (relaciones parte-todo) y **clases de función** (relaciones parte-parte). Estas categorías y clases son esquemas abstractos que mantienen una relación con sus correspondientes «manifestaciones superficiales, éstas sí, concretas» .

C) A. Vera, en la palabra, distingue en su estructura interna un elemento nuclear y otro marginal —lexema y morfema—, «resultado de determinadas relaciones sintácticas». En la oración, sucederá otro tanto. Se puede diferenciar un **núcleo** (predicado) y un **margen** (sujeto). A su vez, el **núcleo** forma parte de una categoría compleja que puede escindirse en un **centro** y una **periferia** (complemento circunstancial). En el **núcleo** se establece también una diferencia entre un **centro'** y una **periferia'** (complemento indirecto). Por último, el complemento directo quedará definido como **margen'** del núcleo del predicado (**núcleo'**). Esta descripción, según A. Vera, permite definir claramente el

significado de las funciones sintácticas entendidas como signos metalingüísticos. Así, por ejemplo, tendríamos un signo metalingüístico que simboliza una relación llamada **sujeto**, en la cual 'sujeto' es el significante, y su significado es a su vez otro signo cuyo significante vamos a ver ahora, y cuyo significado hemos visto que era **margen**.

D) Para la determinación de los significantes, A. Vera se sirve de la diferenciación de R. Trujillo entre significante y expresión. Significante serán todas las peculiaridades gramaticales diferenciales que van asociadas a un determinado contenido. El significante del significado de **margen** será la 'concordancia en número, persona y caso nominativo'.

E) El mismo procedimiento habrá de emplearse para las clases de funciones, tal y como lo presenta A. Vera en esta ocasión para la clase **agente**. Su significante podría ser definido mediante rasgos de «implicación de responsabilidad, control de la acción y voluntariedad respecto de lo ejecutado.» Su significado podría quedar perfectamente establecido con el término 'agente'.

El primer capítulo de este libro concluye, como ya habíamos anunciado, con **la condición no discreta de las unidades lingüísticas**. En este punto, a A. Vera le parece que la condición discreta de las categorías lingüísticas es una decisión razonable, tanto en términos meta-metalingüísticos (no habría clases lingüísticas de límites borrosos) como psicolingüísticos (procesos de categorización de mínima ambigüedad). Sin embargo, nos va a presentar una serie de trabajos que le van a permitir postular la **condición no discreta de las unidades lingüísticas**. Para ello comenta brevemente los estudios de Berlin y Kay (1969) sobre los términos de color, el interesante estudio de Heider (1970), los de Rosch (1973, 1977), Fillmore (1975), Coleman y P. Kay (1981), Jaeger y Ohala (1984) y Lakoff (1972, 1977)<sup>2</sup>. En síntesis todos ellos desde una orientación psicolingüística, conciben los procesos de categorización humana como:

una selección de prototipos, de elementos especialmente representativos, por sus diferencias máximas respecto de los de otras categoría. Al mismo tiempo, se admite que las clases así elaboradas sirven para albergar también, aunque de manera no perfecta, sino aproximada, a otros elementos alejados en mayor o menor grado del prototipo (pág. 62).

---

<sup>2</sup> Para una mayor información sobre estos estudios de concepción prototípica del lenguaje, pueden ser consultadas las siguientes obras fundamentales: R. W. Langacker: *Foundations of Cognitive Grammar, I*, Stanford, Stanford University Press, 1987; G. Lakoff: *Women, Fire and Dangerous Things*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; B. Rudzka-Ostyn (ed.): *Topics in Cognitive Linguistics*, Amsterdam & Philadelphia, Benjamins, 1988; W. P. Lehmann (ed.): *Prototypes in Language and Cognition*, Ann Arbor, Michigan: Karoma, 1988; J. Taylor: *Linguistic Categorization*, Oxford, O.U.P., 1989; S. L. Tsobatzidis: *Meanings and Prototypes*, Routledge, London & New York, 1990. El propio Agustín Vera, desde hace algunos años, ha realizado valiosas investigaciones teniendo esta línea presente. Véase por ejemplo: «En torno a la causalidad...», *Anales de la Universidad de Murcia*, 1983-1984, XLII, 1-2, pp: 31-50; «Aspectos prototípicos en la categorización lingüística», *Studi Orientali e Linguistici*, Bolonia, CLEB III, 1986, pp: 355-365; «A propósito de una condición de las reglas de formación de palabras en una gramática generativa», *LEA*, 10, 1988, pp: 269-279; *Aspectos sintáctico-semánticos en la sufixación*, Murcia, Universidad, 1988.

La asunción, por tanto, de esta perspectiva en la categorización lingüística, dice A. Vera, viene avalada por su adecuación en otros ámbitos científicos, y considera que estamos ante un mecanismo de gran rentabilidad funcional.

En el capítulo II, el autor se centra ya en lo que correspondería al título de la obra: **las construcciones pronominales pasivas e impersonales**. Sin embargo, como confiesa él mismo en su introducción, a pesar de que estas construcciones poseen entidad propia, el estudio de las pasivas e impersonales no podría ser llevado a cabo sin tener en cuenta las reflexivas. Para el análisis de estas construcciones, A. Vera realiza un examen exhaustivo de los principales trabajos existentes sobre el tema. Él piensa que uno de los trabajos más sugerentes que ha encontrado es el de Erica C. García (1975). Esta lingüista considera la forma pronominal **se** como una forma de contenidos mínimos, y, por ello, puede servir para muy diferentes funciones. En una línea distinta, Bello, Manacorda de Rossetti, etc., consideran estas construcciones como pseudo-reflexivas o pseudorreflejas. De la misma manera lo conciben otras propuestas de carácter generativo, pero con una diferencia fundamental: el grado de formalización de éstas últimas. No olvida, por supuesto, las propuestas de Alarcos, Boves Naves, Lidia Contreras, C. Hernández. En todas ellas encuentra un grado satisfactorio de adecuación descriptiva y explicativa, tal y como apuntábamos al inicio de este escrito. Pero A. Vera piensa que el problema puede ser resuelto de un modo más simple. Frente a las propuestas generativas estudiadas y frente también a la mayor parte de las estructurales, insiste en la necesidad de analizar estas construcciones tanto al **nivel de los monemas** como al **nivel oracional**.

En el **nivel oracional** se observa que estamos ante construcciones distintas «en cuanto **clases** de relaciones funcionales: la función cumplida por SE en las oraciones reflexivas es la de ser parte del significante de las relaciones ‘objeto directo’ e ‘indirecto’». En las oraciones impersonales, tenemos un morfema que está asociado a algunas clases de la categoría funcional ‘núcleo del predicado’. Dice A. Vera que estas oraciones conllevan su indeterminación respecto de agentes, experimentadores o pacientes. En lo que respecta a las llamadas pasivas reflejas «se marca la presencia de núcleos predicativos procesuales de agente o experimentador indiferenciados, que obtendrían su carácter pasivo de la presencia de sujetos de la clase objeto». Desde una perspectiva **monemática**, la forma SE presentaría dos modos de comportamiento distintos. La condición de no-discreción de las unidades lingüísticas, va a permitir formular una única categoría. Los enunciados reflexivos seleccionarán todos los rasgos categoriales. Los enunciados impersonales y pasivos reflejos seleccionarán sólo tres de esos rasgos: **morfema, deíctico, O, E (+animado)**<sup>3</sup>. Los enunciados reflexivos además contarán con los siguientes rasgos: «Miembro de un paradigma como (61); No auto-referenc./Referencia coincd. con la del sujeto; Dominio de referencia en la orac./indicador de caso no nominat.».

---

<sup>3</sup> Cfr. K. Heger: «Deixis personal y persona gramatical», en *Teoría semántica II*, Madrid, Alcalá, 1974, pp: 33-51.

Siempre ha resultado polémico el planteamiento de la cuestión de si la gramática ha de ser tan inteligible y estar al alcance de todo el mundo como la propia lengua sobre la que se aplica. También a menudo los teóricos se plantean si algún día llegaremos a poder proporcionar explicaciones satisfactorias a cuestiones sobre las que la humanidad lleva trabajando durante toda su existencia. Con estas reflexiones últimas no estoy pretendiendo afirmar que la obra que he tenido el placer de reseñar pueda estar al alcance de todo el gran público. Sin embargo, es innegable que por su enorme claridad y amenidad expositiva, no sería necesario ser un gran especialista en el tema para poder captar la profundidad de las reflexiones aquí presentadas. Por otro lado, el disfrute intelectual que proporciona el buen número de soluciones explicativas que aporta este libro es tal que —me atrevo a afirmar sin miedo a errar— muy pronto los teóricos podrán olvidarse de las cuestiones tratadas en esta obra y seguir adelante con todo lo que queda por resolver.